Madrid Km 0. La intervención franquista en la construcción de algunos paisajes simbólicos de la capital*

Madrid Kilometer 0. The Franco's dictatorship intervention in the construction of some symbolic landscapes of the capital

Elia Canosa Zamora¹ y Ángela García Carballo²

RESUMEN

Durante la década de 1950 finalizan en Madrid algunos de los proyectos más significativos del Régimen franquista destinados a crear una nueva imagen de la capital. Su ejecución se lleva a cabo en un periodo de transición, cuando irrumpen junto a ideólogos y profesionales falangistas, figuras representativas del capital inmobiliario y especulativo que triunfarán en los años del desarrollismo posterior. En este contexto, la investigación se centra en la intervención realizada entonces en algunos espacios públicos especialmente emblemáticos de la ciudad. Se trata de desvelar la carga simbólica todavía presente en ellos y contribuir a la lectura coherente de sus paisajes. Después de un planteamiento inicial, en la primera parte se presenta el marco teórico utilizado. La segunda parte se destina a revisar la aportación franquista a la construcción de seis paisajes emblemáticos de la capital. Por último, se destacan unas valoraciones finales.

PALABRAS CLAVE: espacio público abierto; paisaje emblemático; franquismo; Madrid.

* Este trabajo se inserta en el Proyecto de investigación “La valoración patrimonial e identitaria del paisaje en España (1875-2010): claves geográficas, culturales y políticas”, con referencia CSO2012-38425, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

¹ Profesora Titular, Universidad Autónoma de Madrid, elia.canosa@uam.es.

² Profesora Ayudante Doctora, Universidad Autónoma de Madrid, angela.garcia@uam.es.

ABSTRACT

In Madrid, during the 1950s, some of the most significant projects of the Franco's dictatorial regime intended to create a new image of the capital finish. His execution was carried out in a period of transition, when representative figures of real estate and speculative capital, that will succeed in the further years of *desarrollismo*, after Spanish Stabilisation Plan, burst into the city beside ideologues and professional falangists. In this context, the research focuses on the intervention made during these years in particularly emblematic public spaces. The goal is display the symbolic load, still present in them, and contribute to the coherent reading of its landscape. After an initial approach, the theoretical framework used is presented in the first part. The second segment is intended to review the contribution of the Francoism to the construction of six emblematic landscapes of the capital. At last, we highlight some final evaluations.

KEY WORDS: public open space; symbolic landscape; Franco's dictatorship; Madrid.

1. PLANTEAMIENTO INICIAL

Los espacios públicos abiertos madrileños registran la complejidad de una construcción lenta, una atribución múltiple de significados, político-urbanísticos y ciudadanos, y una codificación diversa, no descifrable de manera homogénea. En este contexto, se quiere reflexionar sobre el simbolismo de algunos paisajes madrileños que estuvieron estrechamente ligados al franquismo y aún hoy conservan esa carga material y/o de significado. El objetivo es triple: en primer lugar profundizar en las virtualidades del paisaje como instrumento de comprensión de la ciudad, sobre todo de sus espacios públicos abiertos que concentran grandes dosis simbólicas. En paralelo, colaborar en el entendimiento de la ciudad de Madrid acercándonos a espacios especialmente confusos, que son difícilmente legibles en su integridad. En tercer lugar y dando concreción a los dos anteriores, desvelar las atribuciones de valor otorgadas a estos lugares durante el franquismo y que perduran hoy de una manera difusa y no siempre correctamente apreciada. El abuso de la metonimia Estado-capital, que hizo identificar Madrid con la dictadura franquista, ha perjudicado gravemente la imagen de la ciudad. Es imprescindible clarificar el apoyo que ésta recibió durante ese periodo y zanjar definitivamente las constantes alusiones a la aceptación voluntaria y deseosa de su padrinazgo político que llegan a convertir, en los debates recientes teñidos de nacionalismo periférico, a la propia ciudad y, dentro de ella, a algunos espacios concretos, en símbolos de la dictadura franquista.

Se han seleccionado, como referencias, espacios consolidados en la década de los cincuenta del siglo pasado, etapa de transición entre la posguerra más dura y gris de la autarquía estricta, cuando la penuria económica apenas permitía en las ciudades más que ampulosos discursos sobre monumentalidades futuras, y el denominado periodo desarrollista iniciado tras el Plan de Estabilización de 1959, caracterizado por sus contenidos especulativos y tecnocráticos. Los diez años intermedios significaron para Madrid el paso de los planteamientos más fascistas al dominio de los intereses del capital privado. Conviven entonces, en este tiempo, la retórica de los primeros, incluso argumentando algunas ejecuciones fruto de la incipiente actividad inmobiliaria, con las prácticas más extendidas de los segundos, amparados en un marco normativo protector.

Es una época de realizaciones: se reforman espacios que habían destacado durante el periodo republicano y por ello habían adquirido un significado abominable para el Régimen franquista, como la Puerta del Sol o Moncloa, y se apuesta por otros que debían servir de exaltación del nuevo orden, como la ampliación de la Castellana, la denominada entonces Avenida del Generalísimo, o la Feria del Campo. A estos cuatro ámbitos hay que unir dos más de configuración y proyección más complejas: la cornisa del Manzanares, cuyo perfil ya era icono de la ciudad, y los suburbios, cuya carga simbólica no está determinada directamente por el poder franquista. Aunque la actuación en los suburbios es producto directo del Régimen instaurado tras la guerra, en contraste con los anteriores casos, es la incipiente oposición, que allí encuentra un medio favorable a su actividad, la que participa de su mitificación. También lo harán arquitectos contemporáneos que reelaborarán el significado de soluciones concretas, como los poblados dirigidos, que se convierten también en emblemas del talento de estos profesionales. Al margen de la ideología, en este caso, la loa del suburbio y de sus gentes corre paralela a la de los propios arquitectos de aquella época.

En conjunto pues se trata de paisajes donde la conexión entre el franquismo y la capital es más fuerte. Son espacios públicos donde se impusieron, mediante estrategias diversas, marcas, emociones, significados o valoraciones de los vencedores de la guerra civil, que permanecen activos en la actualidad. Son sentidos todavía como identitarios por ciertos grupos filo-fascistas y, como reverso de la moneda, son también objeto de debate por parte de colectivos que luchan por la recuperación de la memoria para, de alguna manera, desacralizarlos.

2. REFERENCIAS TEÓRICAS: PAISAJES SIMBÓLICOS, LUGARES DE MEMORIA Y SITIOS EMBLEMÁTICOS

El análisis se plantea desde la perspectiva del paisaje, frente a la del lugar o el sitio, y adjetivándolo sólo como emblemático de la ciudad, no como depósito exclusivo de significados franquistas, aunque éstos existan.

El paisaje, concebido como una herramienta para el entendimiento del territorio, constituye la referencia más clara para este proyecto interpretativo de Madrid. Tal como destaca Martínez de Pisón (2009), proponer el estudio desde el paisaje, en este caso de espacios urbanos, obliga a interrogarse sobre sus componentes tanto materiales (génesis, formas y dinámica), como culturales. Hay que acudir a las múltiples miradas para entender los significados de las formas. Atender a sus símbolos, sus representaciones, a los valores añadidos y a su sentido para los distintos colectivos. Se incorpora así «la materialidad del lugar, su recepción sensible, su cultura otorgada y la integración del todo» (Martínez de Pisón, 2009: 7).

Esta puntualización previa se considera necesaria en la medida en que otras perspectivas, como la de los lugares de memoria³, han demostrado su interés en el ámbito geográfico (Ortega y García, 2009) y han estimulado la ejecución de investigaciones sobre los significados adquiridos por lugares concretos, finalidad esencial en este trabajo. No pueden identificarse, sin embargo, estos paisajes simbólicos de la capital como «nacionales», salvo por el significado que un día quisieron darle los teóricos del urbanismo franquista en la capital. Por lo tanto, no podrían abordarse como «lugares de memoria» ni ligarlos con la construcción de la identidad nacional. En la misma línea, distanciándose de los elementos constituyentes de esa metodología, no son paisajes cuyo valor reconocido, ni siquiera entonces, se asocie a figuras del patrimonio.

En un sentido restrictivo, tampoco puede hablarse de «paisajes emblemáticos del franquismo», ya que sólo incorporan elementos aislados representativos de la dictadura militar y no condensan las claves de la identidad colectiva de los grupos que la soportaron. No constituyen receptáculos privilegiados de su memoria o su identidad, tal como han sido definidos los «haut-lieux» (Be-

³ García (2009) ha realizado una revisión muy completa de las diferentes aproximaciones teóricas y analíticas a las variadas dimensiones espaciales de la memoria que evitan aquí un acercamiento más pormenorizado. La proliferación de términos y la intensidad del debate que refleja su trabajo constituyen una buena muestra del interés que estas cuestiones suscitan en la actualidad entre distintos especialistas.

dard, 2002: 55). Fueron intervenidos o directamente contruidos en un periodo concreto, pero luego recibieron nuevos sentidos, distintas materialidades que modificaron y sobreimpusieron otros significados. Se trata de espacios públicos que por este mismo hecho, son muy dinámicos, sometidos a continuas intervenciones que pueden modificar o reinterpretar sus valoraciones.

Sin embargo, la huella de esa etapa ha quedado marcada con fuerza. Estos paisajes incorporan, entre sus propiedades, significados estrictamente ligados a la dictadura aunque, como ya se ha señalado, no tengan la categoría de «lugares representativos o simbólicos del franquismo», como posee el recinto del Valle de los Caídos (Madrado y Sáez, 2014). Mantienen, no obstante, parte del simbolismo con el que fueron dotados por el Régimen y, en el entendimiento de su paisaje, estos referentes son esenciales. En ocasiones correspondiendo con materialidades específicas, como una construcción, un topónimo o una placa, pero en otras sólo con los acontecimientos que se desarrollaron allí, con las figuras que les dieron forma o los discursos y reflexiones que inspiraron su realización o mitificaron su existencia, estos paisajes conservan algunos *anclajes* con el franquismo, que conviene desvelar.

3. LA MARCA FRANQUISTA EN LOS PAISAJES MADRILEÑOS

Los ámbitos seleccionados son espacios públicos abiertos, salvo el caso de los poblados dirigidos –que incorporan también calles y plazas en su interior–, donde la eficacia simbólica de las intervenciones es más fuerte (Monnet, 1998). Las autoridades tienen en ellos el privilegio de actuar mediante tratamientos monumentales, edificaciones, embellecimiento y control de fachadas o cambios en aceras y vías públicas para transmitir su poder o sus valores. La intervención franquista impregnó su paisaje que, a modo de palimpsesto –utilizando la metáfora habitual– mantiene su memoria, aunque los ayuntamientos democráticos posteriores hayan añadido nuevos significados a estos mismos espacios y los propios ciudadanos, a través de sus prácticas, hayan modificado su carga simbólica.

3.1. La Puerta del Sol y el Paseo de la Castellana, espacios emblemáticos de la capital

La Puerta del Sol y el Paseo de la Castellana son dos espacios neurálgicos y de gran fuerza simbólica para la ciudad de Madrid; el primero ligado a la his-

toria urbana y representativo de su centralidad social y cultural, mientras que el segundo se vincula a la modernidad y la expansión de la ciudad desde la segunda mitad del siglo xx.

La Puerta del Sol es un espacio emblemático tradicional de la ciudad cuyo significado ha cambiado con el tiempo. Concretamente, antes de la guerra civil, se acrecentó su carga simbólica, pues desde los balcones el Ministerio de Gobernación (actual sede de la presidencia del Gobierno Regional) se había anunciado la proclamación de la II República en 1931. Las autoridades franquistas manifestaron, por tanto, una animadversión evidente hacia la Puerta del Sol y quisieron borrar cualquier recordatorio republicano de la plaza y darle un nuevo significado, siendo la primera decisión instalar en el antiguo Ministerio, la Dirección General de Seguridad, órgano de represión de la dictadura. El propio Pedro Bidagor, ideólogo de la ordenación de Madrid, llegó a expresar que su antigua imagen debía desaparecer porque no transmitía los valores del nuevo Estado ni la idea de lo que debía ser España, mientras que Serrano Suñer hablaba en 1939 de «zoco de maleantes en el que el marxismo circulaba desahogadamente», que había de reformarse «aunque hayan de desaparecer la Puerta del Sol y ese edificio de Gobernación, que es un caldo de cultivo de los peores gérmenes políticos»⁴.

Aunque existieron algunas propuestas verdaderamente faraónicas, como la de Antonio Palacios, finalmente en 1950 se procedió a la reforma de la plaza con el proyecto del arquitecto municipal Manuel Herrero de Palacios, que supuso una reorganización del tráfico rodado, peatonal y subterráneo⁵. Lo más llamativo fue la instalación de dos fuentes gemelas, que levantaron algunas críticas por su falta de interés monumental, y un nuevo adoquín en el Km 0, convertido en icono urbano, que pervivió hasta la reforma efectuada en el siglo xxi cuando fue sustituido por otro siguiendo el mismo modelo. Con este «lavado de cara» se perdió la oportunidad de una intervención grandilocuente, aunque esos cambios moderados pueden ocultar la intención ideológica de relegar el pasado simbolismo de la plaza, pues lo cierto es que no se dejó de realizar en ella una obra costosa en un contexto de penuria económica.

A partir de los años sesenta se fueron colocando nuevos elementos en la plaza, entre ellos la célebre escultura del Oso y el Madroño (1967), pero no es hasta mediados de los años ochenta cuando se produjo una nueva remo-

⁴ Citas recogidas por Diéguez (1991: 85-86).

⁵ *Gran Madrid, Boletín Informativo de la Comisaría General para la Ordenación Urbana de Madrid y sus alrededores*, 1951, 13/3.

delación del espacio, con una ampliación de la zona peatonal. Desde entonces hasta el presente se han sucedido las intervenciones, que sin embargo no rivalizan con la fuerte carga identitaria de la plaza. Con la etapa democrática, la Puerta del Sol se ha recuperado como espacio de protesta, expresión cultural y ciudadana de primer orden, proliferando los significados de distintos colectivos y grupos, que enriquecen y a la vez encubren valoraciones diversas.

Léjos de la Puerta del Sol y del casco histórico, los planes urbanos de los años cuarenta apostaron por crear un nuevo centro de calidad en torno al eje del Paseo de la Castellana. Desde el final de la guerra, la Castellana –denominada entonces Avenida del Generalísimo– fue el espacio elegido por Franco como escenario para realizar los «desfiles de la victoria», las recepciones y las grandes ceremonias, convirtiéndolo así en un eje simbólico de «lo nacional» (Rueda y Coronado, 2010: 87).

El nuevo Régimen asumió con la urbanización de la prolongación del Paseo un proyecto iniciado en época republicana, con un conjunto de Nuevos Ministerios que ya se puso en marcha bajo la supervisión de Secundino Zuazo. En 1946 se afirmó la idea de impulsar el ensanche de la Castellana como eje comercial y de expansión urbana de calidad, y se consideró que el nuevo Estadio de Fútbol del Real Madrid funcionaría como centro de atracción (Diéguez, 1991: XL). El Estadio se finalizó en 1947, siguiendo el diseño de Muñoz Monasterio y Alemany Soler –con la participación de la constructora Huarte, que también intervino en el Valle de los Caídos–, y su vinculación con el franquismo fue muy fuerte, pues entre otras ceremonias del Régimen en él se celebraron algunas efemérides del día de los Caídos (Montoliú, 2010: 317).

La ampliación de la Castellana se abrió al tráfico en la década de 1950 y desde ese momento se fueron construyendo edificios de organismos representativos de la administración franquista, se proyectó el complejo comercial de AZCA, que se desarrollaría en los años sesenta, y se instalaron algunos elementos monumentales de gran transcendencia, como la estatua ecuestre de Franco –realizada por José Capuz–, delante del Ministerio de la Vivienda⁶, que más tarde se trasladaría a la plaza de San Juan de la Cruz y que no fue retirada hasta el año 2005. El simbolismo del gran eje urbano se vería reforzado en esta década con la instalación en la Plaza de Castilla, en 1960, del Monumento a Calvo Sotelo del escultor Carlos Ferreira, en un homenaje que

⁶ *ABC Sevilla*, 19 de julio de 1959: 31.

ya estaba previsto acometer desde el año 1939 y cuyo emplazamiento acabó por decidirse en 1958 (Fernández *et. al.*, 1982: 175). Con esta actuación quedó acotado el eje de representación franquista que se extendía hasta el Paseo del Prado donde, como veremos, se construyó la Casa Sindical. La vinculación de esta vía urbana con la dictadura aún tiñe las apreciaciones simbólicas de este espacio, también asociado con las destrucciones del desarrollismo de las siguientes décadas y con la expresión del nuevo poder económico en tiempos recientes.

3.2. La apuesta por la fachada imperial en la cornisa del Manzanares

El urbanismo franquista buscó dentro la ciudad un espacio representativo que diera a la capital el nuevo valor simbólico que debía alcanzar como reflejo de la nación. Ante la falta de otros referentes recientes insignes para la dictadura, se consideró que la época del reinado de Felipe II y la estética creada por Juan de Herrera en El Escorial debían ser el modelo a seguir, como etapa más gloriosa y destacada del pasado imperial. A estas alusiones pronto se sumaron las obras madrileñas de Juan de Villanueva y algunas construcciones de época borbónica. Esto no solo supuso la revalorización de ciertos espacios y elementos del patrimonio, sino la búsqueda de una nueva expresión para las futuras fachadas urbanas, que debía lograrse a través de los materiales que impregnaban las realizaciones de aquel pasado mitificado, siendo los elegidos la pizarra, el ladrillo y el granito, que debían borrar la huella del «cemento de la rebelión socialista» y exaltar el orden tradicional (Bonet, 1981: 20-23).

En base a estas concepciones, desde los primeros años de la guerra civil, los ideólogos franquistas expresaron la intención de retomar la antigua fachada imperial del valle del Manzanares como estandarte de los ideales espirituales del nuevo Régimen que debían impregnar Madrid. Como destacó Azurmendi (1981: 73), en una cita repetida por muchos autores, el propio Plan General de Madrid redactado en 1941 expresaba que ese espacio «reúne el paisaje típico velazqueño de la Sierra madrileña, la belleza de las luces del Poniente, el prestigio histórico de los recintos antiguos con el recuerdo de la primera reconquista, la tradición imperial de esta fachada, la emoción de la lucha y la victoria de la Segunda Reconquista». Por tanto, la nueva capital debía exaltarse en la cornisa del Manzanares, donde se proyectaría la máxima jerarquía simbólica de los elementos de la nueva identidad ligados a los valores de la religión, la patria y el nuevo orden: la Catedral, el antiguo recinto del Alcázar y la nueva sede de FET y de las JONS, que debía construirse sobre solar del

Cuartel de la Montaña. La relevancia simbólica de esta fachada tendría continuidad con el Parque del Oeste, el Paseo del Pintor Rosales, Moncloa y la Ciudad Universitaria, que garantizarían el mantenimiento de su carácter representativo.

Se concibió entonces que la fachada imperial fuera complementada, además, por la instalación en el barrio de Argüelles de funciones ministeriales y de las embajadas, así como por la construcción de un monumento a los caídos en el Cerro Garabitas, cuyo proyecto pronto hubo de ser desechado para no hacer sombra a la construcción del Valle de los Caídos en Cuelgamuros. Según el propio Pedro Bidagor, artífice del Plan de 1941, las penurias económicas forzaron la limitación de las «aspiraciones ideológicas» y los planes de la fachada imperial quedaron sin ejecución (Diéguez, 1991: XXXII).

El proyecto de la Catedral no pudo convertirse en un símbolo del franquismo, ya que su construcción se prolongó durante demasiados años. En 1944 el proyecto del templo fue adjudicado a Fernando Chueca y Carlos Sidro, pero las obras se vieron paralizadas y ralentizadas durante años frente a otras prioridades en la intervención urbana -especialmente a partir de los años sesenta-, de tal forma que el templo no pudo darse por finalizado hasta 1993, cuando fue consagrado por Juan Pablo II (Box, 2012: 24). Tampoco se llevó a cabo la construcción de la Casa Sindical en el «solar sagrado» del Cuartel de la Montaña, a pesar de que desde 1943 existía un proyecto definitivo de estilo herreriano que había sido supervisado por Franco (Box, 2012: 25). Desconocemos las razones por las que se trasladó la construcción de la sede de FET y de las JONS a la parcela del antiguo palacio de Xifré en el Paseo del Prado, tras un concurso público realizado en el año 1949 en el que se hacía hincapié en la importancia de este edificio para la capitalidad⁷. Entre las siete propuestas finalistas había alguna que incorporaba la estética del estilo imperial y, sin embargo, la ganadora, de Francisco A. Cabrero y Rafael Aburto –cuya ejecución finalizó en 1955–, suponía la temprana aceptación de la arquitectura moderna por parte los órganos oficiales y el fin de la apuesta por la estética tradicionalista y de la etapa autárquica de la arquitectura (Azpilicueta, 2004: 14). El abandono del gran proyecto de la «fachada imperial» se completó con la pérdida de protagonismo del Cuartel de la Montaña, cuyo solar no sería ocupado hasta 1970 cuando se instala el Templo de Debod y se acondiciona como parque público, diluyéndose toda la carga simbólica que ese espacio tuvo en los primeros años de la dictadura. Solo una obra escultórica de Joaquín Vaquero

⁷ *Gran Madrid*, 1949: 14.

Turcios, en la entrada de la calle Princesa, inaugurada con gran boato por el Ayuntamiento en 1972, sirve de homenaje a los caídos del Cuartel de la Montaña (Fernández *et. al*, 1982: 168), aunque actualmente la falta de información en el lugar hace que su interpretación pueda ser equívoca para muchos ciudadanos.

En su entorno inmediato, el barrio de Argüelles sufrió importantes destrucciones durante la guerra civil, así que inmediatamente después la Junta de Reconstrucción de Madrid decidió intervenir en la regulación de la construcción en el Paseo del Pintor Rosales, como zona prioritaria en la configuración de la nueva fachada representativa de la ciudad. En 1945 la Comisión de Urbanismo aprobó unas ordenanzas especiales para esta calle, en las que se reservaba el derecho a revisar y aprobar o denegar cualquier proyecto⁸. Pese al supuesto destino simbólico y al pretendido control de la Comisión sobre el Paseo, el resultado actual refleja el triunfo del uso residencial de lujo. Solo algunos inmuebles de los años cuarenta y primeros cincuenta, con sus fachadas de piedra y ladrillo, cubiertas de pizarra y chapiteles, son testigos del intento de lograr una fachada acorde con el estilo oficial. Algunos de ellos debieron lograr un uso lucrativo del suelo sin precedentes en la zona, como los proyectos de Javier Carvajal y Manuel Muñoz Monasterio de 1955 en el número 82, con 13 plantas, o el de la Inmobiliaria Alcázar de 1958 en el número 46, con 14 plantas (COAM, 2003). El resultado de tales construcciones fue la alteración de la homogeneidad en la altura de las fachadas, siendo una buena muestra del particular uso de las prerrogativas de la Comisión de Urbanismo, que al fin y al cabo sentenciaron el perfil del barrio del Argüelles mientras favorecían el máximo aprovechamiento de las plusvalías del suelo. En años posteriores esta calle vio reafirmada su vocación residencial de alto standing, incorporando nuevos edificios de calidad de distintas estéticas, que en nada recuerdan al ideal de Bidagor de acoger en esta zona usos asociados a la capitalidad.

Pero, sin duda, la puntilla definitiva a la cornisa del Manzanares vendría dada por la aprobación de los proyectos de construcción del Edificio España y la Torre Madrid en la Plaza de España. En 1948 habían finalizado las obras de remodelación de la Plaza que resolvieron el enlace de la calle Princesa con la Gran Vía y la ordenación de las manzanas adyacentes, al tiempo que se derribaban las ruinas del convento de los Sagrados Corazones. Sobre el solar resultante, los hermanos Otamendi, con la Compañía Inmobiliaria Metropolitana,

⁸ *Gran Madrid*, 1950, 11; 25.

solicitaron construir un rascacielos de unos 117 metros de altura. El propio Pedro Bidagor, realizó un duro informe negativo en el que aducía que el proyecto «no descongestionaba el centro y desconfiguraba la silueta de la fachada de Madrid en su punto más notable, la vecindad del Palacio Real» (Diéguez, 1991: XXXI). Pese a todo, la Comisión permanente del Ayuntamiento de Madrid y el propio alcalde aprobaron el proyecto (Montoliú, 2010: 79) y Bidagor tuvo que aceptarlo. El edificio se finalizó en 1953 y con sus 34 comercios, 184 apartamentos, hotel de cuatro estrellas y 300 oficinas, donde se instalaron varias empresas extranjeras, pasó a ser un símbolo de los nuevos tiempos de pretendida apertura y modernidad, de especulación inmobiliaria y, sobre todo, de pérdida de vigencia del proyecto de ciudad imperial.

La polémica sobre este espacio se recrudeció cuando poco después el Ayuntamiento sacó a subasta la parcela de la esquina de la calle Princesa con la Plaza de España y quedó también en manos de la Inmobiliaria Metropolitana (Montoliú, 2010: 79), que levantó entre 1954 y 1960, con diseño de Julián Otamendi, la Torre Madrid, un edificio de 142 metros de altura con estructura de hormigón que vino a cambiar de forma drástica el perfil urbano en este punto de la ciudad. Como señaló Moneo (1967: 84) unos años más tarde: «el golpe de gracia a las pretensiones de crear una fachada representativa en la cornisa del Manzanares se lo asestaron el Edificio España y la Torre Madrid, muestras ambos de la habilidad con que el hombre de negocios ha sabido satisfacer la vanidad un tanto provinciana de los madrileños, consiguiendo, de paso, sus fines [...], el Edificio España, a pesar de su envoltura barroca, ha destrozado el perfil madrileño». Tiempo después Bonet (1981: 14) sentenciaría, aludiendo a estos edificios, que «nada pudo frente a los intereses de clase y la especulación de promotores e iniciativa privada, que ganaron frente a aquellos que creían que se podía acotar la arquitectura». Las críticas y valoraciones negativas de los rascacielos de la Plaza de España se han prolongado hasta la actualidad (Madrid Ciudadanía y Patrimonio, 2014; Navascués, 2014), de lo que resulta una confusa apreciación simbólica de estos dos elementos icónicos que destacan sobre el perfil de la cornisa del Manzanares.

En el resto de la Plaza se fueron levantando, en distintos momentos, nuevos edificios de oficinas y hoteles, que no han sabido armonizar las fachadas con el espacio público ajardinado que acoge desde 1930 el monumento a Cervantes, ni con los edificios de finales del siglo XIX y principios del siglo XX del sur del conjunto. En 1969 se reformaron los jardines con cambios en el arbolado, añadiendo varias fuentes, mientras se finalizaban las obras del paso a nivel entre Bailén y Ferraz y el acondicionamiento del aparcamiento subte-

rráneo. Las intervenciones posteriores no han logrado dar un orden coherente a este espacio, hasta llegar al actual momento de decadencia, con el Edificio España en plena polémica por su cierre, demolición interior y venta al empresario chino Wang Jianlin, que pretende instalar en el inmueble un gran centro comercial y viviendas de lujo, la Torre Madrid en remodelación con parte de su espacio en desuso y varios derribos de edificios de oficinas, que han sido refugio para okupas durante años, sobre los que se construirá un nuevo hotel (García Gallo, 2014a; Sevillano, 2012). El propio Ayuntamiento de Madrid ha lanzado recientemente nuevas propuestas de reconversión del espacio subterráneo y de la Plaza (García Gallo, 2014b), lo que no hecho más que reforzar el desconcierto sobre el futuro de un espacio que hoy ofrece «una imagen rota, desigual e impropia de una capital como Madrid» (Navascués, 2014: 97).

Finalmente, parece que solo el Palacio Real, que se acondicionó con la reforma de los jardines y de la plaza de Oriente, resistió como espacio representativo de la cornisa del Manzanares, siendo un elemento crucial en la simbología de los actos públicos durante el franquismo. Según Bonet (1981: 23), Franco «instalado en el Palacio del Pardo y usuario de los demás Sitios Reales, tomó como modelo de sus instalaciones personales el estilo borbónico, estilo que, a partir de los años cincuenta, cuando España se convirtió en un “Reino” sin rey, proporcionó al caudillo un escenario monárquico que, a ojos de muchos, hizo olvidar el inmediato pasado fascista».

3.3. La concentración de símbolos en la Plaza de Moncloa y en la entrada a la Ciudad Universitaria

Si existe una zona privilegiada por las intervenciones representativas franquistas de finales de los años cuarenta y de la década de los cincuenta, es el entorno de la Plaza de Moncloa y de Ciudad Universitaria, hasta donde se prolongaba la iconografía de la cornisa de Madrid. Allí se concentró gran parte de la acción monumental que diversas instituciones llevaron a cabo, entre 1951 y 1958, en el centro de la ciudad, siendo el lugar donde mejor se explicitó lo que se ha considerado «arte imperial» (Fernández *et. al.*, 1982: 56). Los elementos más destacados de las actuaciones en este ámbito son: el Ministerio del Aire, el Arco de la Victoria, el Monumento a los Caídos de Madrid y el dedicado a los Héroes del Plus Ultra. La suma de todos ellos, compone una de las imágenes más potentes de la expresión simbólica del Régimen franquista.

FIGURA 1
VISTA DE LA PLAZA DE MONCLOA

Fuente: PLANEA Madrid. Visor fotografía aérea Madrid 2013, 3D.

La primera operación llevada a cabo tras la guerra civil en la Plaza de la Moncloa, que tomó el nombre de Plaza de los Mártires de Madrid, supuso la remodelación del espacio anteriormente ocupado por la representativa Cárcel Modelo. Sobre sus terrenos, Luis Gutiérrez Soto proyectó, a principios de los años cuarenta, un nuevo edificio para el Ministerio del Aire y diseñó la reorganización del espacio colindante, con una plaza rectangular cerrada por inmuebles de viviendas militares que servirían de pantalla y escenario para el Ministerio. Este sería el único de los grandes proyectos de los primeros años de la dictadura que pudo concluirse según las previsiones, construyéndose entre 1942 y 1951. En él se logró la materialización de la estética imperial aunque lo prolongado de su ejecución llevó a que antes de estar finalizado, el propio arquitecto admitiera críticas hacia el edificio, pues el estilo tradicionalista ya empezaba a considerarse obsoleto (Azpilicueta, 2004: 222). Fue quizás el primer paso hacia la ambigüedad en la valoración de este espacio, puesto que las críticas por el escaso valor del inmueble se han extendido hasta la actualidad, siendo tildado por el propio Colegio de Arquitectos de Madrid (2003: 328) como «anacrónico hito arquitectónico [...], el más enfático exponente de las ínfulas imperialistas de la autarquía de la posguerra». Su vincula-

ción con la expresión simbólica del franquismo es todavía en la actualidad muy potente, a pesar de los recientes intentos de limpiar esa huella, bien con intervenciones ligadas a la Ley 52/2007 de la Memoria Histórica, como la eliminación de la mención a Franco del friso de la entrada principal (Junquera, 2010a), o con la instalación de monumentos de índole militar, como la réplica del dedicado a las Víctimas de la Aviación Militar en 1918, inaugurado en 1996, o la escultura del año 2006 dedicada a las víctimas del conocido como accidente del *Yakolev* ocurrido en Turquía en el año 2003⁹.

Remata la expresión monumental franquista de este sector de la Plaza, el monolito dedicado a los Héroes del Plus Ultra, realizado entre 1951 y 1956 en la calle Princesa delante de las viviendas militares. Fue diseñado por Gutiérrez Soto, junto con el escultor Rafael Sanz Rodríguez, e incorpora en la parte superior un águila imperial de bronce que «con las alas desplegadas y la cabeza girada hacia su izquierda es una reproducción casi fiel del símbolo más visible de la Wehrmacht o fuerzas armadas alemanas, que éstas llevaban en el uniforme»¹⁰. Actualmente, el monolito sigue en su mismo emplazamiento sin ningún tipo de instalación que ayude a su correcta interpretación como símbolo franquista.

El acondicionamiento del resto de la Plaza de Moncloa previsto en los años cuarenta debía adecuarse a su importancia jerárquica de primer orden, como escenario de acceso a la ciudad desde la carretera de La Coruña que acogería el Arco de la Victoria y que, por tanto, habría de contar con una estética a la altura que «corresponde a un monumento de tan destacado simbolismo»¹¹. El monumental Arco había sido concebido en la entrada considerada como la más digna de la capital, en la zona donde estuvo estable el frente de guerra durante gran parte de la contienda, lo que dotaba al emplazamiento de un valor simbólico y representativo muy potente. La idea de su construcción como homenaje a Franco ya fue considerada en 1939 y se retomó en 1942 por la Junta Rectora de la Ciudad Universitaria, dentro de un proyecto monumental más amplio para todo el recinto de la universidad, que encargó el diseño a Modesto López Otero, artífice del campus, que colaboró en esta obra con otros arquitectos y escultores. La maqueta del monumento se realizó en aquel mo-

⁹ Monumento a la Víctimas de la Aviación Militar (Ref.: 8565) y Monumento Mirada del Horizonte II (Ref.: 9633), en Monumentamadrid [<http://www.monumentamadrid.es/>] (Fecha de consulta: 01/06/2014).

¹⁰ Elemento conmemorativo Héroes del Plus Ultra (Ref.: 8661), en Monumentamadrid [<http://www.monumentamadrid.es/>] (Fecha de consulta: 01/06/2014).

¹¹ *Gran Madrid*, 1949, 7: 14.

mento, pero su ejecución no se inició hasta 1950, finalizándose en 1956 con la instalación del grupo escultórico de la parte superior, cuando había cambiado el contexto ideológico y el panorama político internacional. Ya entonces no interesaba tanto este armatoste monumental, pues si bien su inauguración estaba prevista para el 18 de julio del 1956, ésta nunca tuvo lugar, y el propio Franco decidió que no se instalase allí su estatua ecuestre, de J. Capuz, que acabaría más tarde en los Nuevos Ministerios (Fernández *et. al.*, 1982: 405). Todo ello no obsta para que el Arco de la Victoria, según Bonet (1981: 45) se presentara «como una alegoría de la alianza, en el marco del nuevo estado, de las fuerzas militares e intelectuales victoriosas el 1 de abril». Esto se refleja en las inscripciones realizadas en los frontispicios, en uno de los lados: «A los ejércitos, aquí victoriosos / la inteligencia / que siempre es vencedora / dedicó este monumento»; y en el frente hacia Moncloa: «Fundada por la generosidad del rey / restaurada por el Caudillo de los españoles / la sede de los estudios matritenses / florece en la presencia de Dios»¹².

A pesar del contundente significado del monumento, hoy en día sigue en pie en una de las entradas más transitadas de la capital, como una instalación autista rodeada a ambos lados por el tráfico de vías de tres carriles. Cuenta con un único acceso peatonal, claramente disuasorio, y su espacio aparece frecuentemente vandalizado, con todo tipo de pintadas y restos de residuos que se limpian con cierta asiduidad. Probablemente se trata, con sus más de 40 metros de altura, de la instalación más llamativa de la dictadura en la capital, más aún si se tiene cuenta que el sistema monumental madrileño creado entre 1939 y 1980 «se caracteriza por la excepcionalidad de los monumentos de gran tamaño» (Fernández *et. al.*, 1982: 25). El debate actual sobre su futuro no parece tan candente como el vinculado al Valle de los Caídos, pero diversas asociaciones de la memoria reclaman al actual propietario del monumento, el Consorcio Urbanístico de la Ciudad Universitaria, compuesto por la Universidad Complutense, la Politécnica, la UNED y el Ayuntamiento, una intervención que mejore la interpretación de la valoración simbólica del Arco (Junquera, 2010b).

En un olvido de distinta trayectoria cayó el otro elemento fundamental del proyecto de expresión simbólica franquista en Moncloa, el Monumento a los Caídos de Madrid. La idea levantar una cruz de los caídos en Madrid ya estaba

¹² Las traducciones del latín proceden de la Web *Centro Integrado de Cultura Digital (HUSO-CCD)* [<http://open.ieec.uned.es/HussoDigital/>], realizada por la Universidad Complutense en colaboración con otras madrileñas.

prevista en el primer diseño de ordenación de la Plaza de los años cuarenta. Para su realización, el Ayuntamiento procedió a convocar en 1949 un concurso del que resultó ganadora, un año más tarde, la propuesta del arquitecto municipal Manuel Herrero de Palacios, al considerarse la mejor lograda por «armonizar con el edificio del Ministerio del Aire, y la vez con la nueva Plaza de la Moncloa», servir de «fondo de perspectiva del Arco del Caudillo» y actuar como pantalla de los edificios posteriores, de baja calidad estética¹³. En octubre de 1954 se puso la primera piedra en un acto cargado de simbolismo, con el uso de «ladrillos procedentes del Cuartel de la Montaña y de la Cárcel Modelo», el mismo día que, 21 años antes, Primo de Rivera realiza el discurso fundacional de Falange en el Teatro de la Comedia (Montoliú, 2010: 355). Poco después, la construcción quedó paralizada por falta de fondos, retomándose parcialmente en los años sesenta para volver a quedar estancada, poniéndose en evidencia la falta de interés y valor de este monumento para las autoridades franquistas, que lo dejaron relegado largo tiempo. De hecho, el edificio solo pudo ponerse en uso ya en el periodo democrático, con una reforma efectuada entre 1985 y 1987 (COAM, 2003: 606) tras la cual se tomó la decisión de que el edificio pasase a acoger la Junta Municipal del Distrito de Moncloa. Hoy en día, si bien la memoria de su origen en la dictadura como monumento funerario y para el culto permanece, junto a su apariencia general, en la decoración de cruces realizada mediante juegos de ladrillos en el muro posterior, la interpretación de su significado se hace difusa y compleja, más aún tras la última reforma del intercambiador de transportes finalizada en 2008, que ha llevado un acceso de las instalaciones subterráneas junto a su entrada.

Todas estas intervenciones de los años cuarenta y cincuenta en la zona de Moncloa han sido esenciales en la construcción simbólica franquista de este espacio y se complementaron con las múltiples actuaciones que tuvieron lugar en el entorno de la Ciudad Universitaria, a cargo de sus órganos directivos o de otras entidades oficiales. Entre los edificios emblemáticos de la arquitectura nacionalista más expresiva de estos años es oportuno señalar el conjunto de la Iglesia de Santo Tomás de Aquino y el Museo de América, finalizados en 1953, el Instituto de Cultura Hispánica en 1951, las Residencias de Profesores en 1946 o el antiguo Colegio Mayor José Antonio en 1952, actual Rectorado de la Universidad Complutense (COAM, 2003). A ellos se sumó la instalación, junto al Museo de América, de otras obras ligadas a la propaganda de la

¹³ *Gran Madrid*, 1950, 11: 23.

dictadura, como la Virgen del Asedio en 1954, la escultura de la Carabela en 1950 y la estatua de Vasco Núñez de Balboa en 1952 (Fernández *et. al.*, 1982).

3.4. El suburbio y los poblados dirigidos, símbolos de los años cincuenta

El paisaje de los suburbios ha quedado estrechamente unido al franquismo en un doble sentido. Directo, en su forma más descarnada, como consecuencia de su extensión a partir de los años cincuenta del siglo pasado e indirecto, mitificado, vinculado a los grupos de oposición, y también a intelectuales y estudiantes de ideología pseudo-falangista que participaron en su vida cotidiana.

Madrid llegó a sufrir, a partir de 1950, «una de las inmigraciones más fuertes que ciudad alguna ha sufrido en el mundo» (Azurmendi, 1981: 117). En sólo diez años a partir de esa fecha la población se incrementó en 623.000 habitantes que no tuvieron en la ciudad «ni vivienda ni trabajo». En ese intervalo, el problema de los suburbios, frente al general de la vivienda obrera, se hace verdaderamente preocupante. Los núcleos de Palomeras en Vallecas, Orcasitas en Villaverde o La Ventilla en Tetuán se hacen famosos. En 1956 se calcula que existían 50.000 chabolas en la capital, ocupando el 16,6% de todo el suelo residencial construido (Leira, Gago y Solana, 1981: 145). Su paisaje fue recogido por primera vez por escritores y fotógrafos, envuelto en dignidad, fuerza en su feísmo y grandes dosis reivindicativas¹⁴. Estos mismos atributos aparecen también en las descripciones hechas en novelas y ensayos de la época, limitadas aún por una censura muy activa. El suburbio se convierte, a través de la profusión de sus imágenes, en alegoría del franquismo y la autarquía.

Autoconstrucción y franquismo quedaron unidos, no obstante, no sólo como sinónimos de miseria, sino también de activismo político y mitificación del obrero. A las chabolas del Pozo del Tío Raimundo peregrinaron jóvenes, luego elevados a la categoría de figuras políticas o intelectuales, en las décadas de los cincuenta y de los sesenta. Allí fueron como voluntarios a trabajar con el padre Llanos en la construcción de chabolas o para ayudar mediante otras fórmulas como el apoyo jurídico, dando clases, haciendo el censo o estudios

¹⁴ Como ejemplo se podría citar la obra de algunos miembros del colectivo de fotógrafos *La Palangana*, fundado en 1959, como Francisco Ontañón y Paco Gómez, que retrataron la periferia madrileña aportando la dignidad y «la belleza en lo banal, lo decadente» (Rubio, 2013: 250).

antropológicos. Estuvieron el padre del ex-alcalde y ex-ministro de justicia Gallardón, el escritor Francisco Umbral, el que fuera asimismo alcalde de Madrid Álvarez del Manzano, Francisca Sauquillo, Marcelino Camacho, Calvo Sotelo, Miguel Solana, Tierno Galván, Tamames, Ruiz Giménez, etc. Incluso un día pasaría «por sorpresa» el mismo Fraga o, tras algunas visitas al Pozo, se convertiría en amiga personal del cura obrero la Pasionaria, recién retornada del exilio (Lamet, 2013). Así, también un halo de romanticismo, de ayuda mutua, de alegría, de proyectos y de juventud, tiñó el paisaje desabrido de las chabolas.

Seguramente en íntima relación con este fenómeno de idealización, que convirtió un panorama aterrador y cruel en símbolo de lucha y de colaboración, está el de la consagración del paisaje de las primeras soluciones masivas al chabolismo: los poblados dirigidos. Sus edificaciones se han convertido en la actualidad en referencia obligada del diseño urbano y el proceso que los desarrolló, en el de mayor integridad, coherencia y dedicación del colectivo de los arquitectos que entonces retomaban su conexión con el exterior y se reforzaban como grupo.

La historia de su creación es bien conocida (Fernández Galiano *et al.*, 1989). En 1956 confluyeron en dos organismos fundamentales, el Instituto Nacional de la Vivienda y la Comisaría de Urbanismo, Luis Valero y Julián Laguna. Con ambos, la recuperación temporal del falangismo propicia la elaboración de soluciones muy comprometidas con el papel paternalista del Estado en la solución del suburbio. De las diversas modalidades planteadas, los poblados mínimos y de absorción, pero sobre todo los dirigidos (de los siete realizados sólo ha desaparecido uno), han adquirido en los últimos años un prestigio inusitado (Leira, Gago y Solana, 1981: 147).

Las múltiples almas del franquismo que pugnaron por construir la ciudad adquirieron máxima visibilidad en este episodio: la ideología falangista marcando el origen del proyecto mientras su composición final estará determinada por criterios racionalistas y de optimización económica. La forma ruralizante que había dominado hasta entonces en la promoción pública quedará relegada definitivamente frente a las fórmulas modernas de vivienda mínima que incorporan novedades de Europa o Estados Unidos. Expresiones elogiosas, como las recogidas en el libro precursor de Fernández Galiano (1989), han sido reiteradas posteriormente por múltiples especialistas. La exposición inicial es rotunda y nítida al respecto: «La experiencia de los poblados dirigidos de Madrid, tan breve como intensa, representa un momento estelar de la arquitectura española de los cincuenta. En la construcción de aquellos barrios populares, fervorosamente modernos, trabajaron un puñado

de jóvenes arquitectos entre los que estaban la mayor parte de los que hoy calificamos como maestros» (Fernández Galiano, 1989: 7).

Su éxito radica, junto a la originalidad de las soluciones propuestas en vivienda mínima y trazado de los núcleos, en la combinación novedosa de la participación de jóvenes arquitectos, absolutamente involucrados en el proyecto, luego convertidos en figuras de prestigio como Oiza, Cubillo, Sierra o Romany, con el trabajo personal de los futuros residentes. Ello implicó su convivencia, la mayor implicación de todos y la posibilidad de aproximación de sus criterios. El poblado de Caño Roto, uno de los pioneros en la prestación personal por sus adjudicatarios, aparece en la actualidad como uno de los logros más acabados. Su paisaje se considera el más acertado, con soluciones brillantes y espacios abiertos muy coherentes, con los que se identifican incluso hoy sus vecinos. Como destaca Esteban (1999: 74), «se abandona la idea de crear grandes zonas ajardinadas entre las viviendas y se opta por ámbitos más reducidos cuidados por los propios habitantes, quienes de este modo pasan a considerarlos como propios».

3.5. La Feria del Campo en la gran ciudad

Máximo exponente de las enormes ambiciones que el Régimen franquista centró en la capital, constituyó uno de sus paisajes más emblemáticos, más reproducidos por todos los medios en aquella época y más visitado. En la actualidad, sin embargo, con los principales edificios convertidos en restaurantes de lujo y gran parte de sus instalaciones desaparecidas o en avanzado deterioro, aparece como un paisaje complejo, de difícil entendimiento y ciertamente contradictorio.

Su creación debe interpretarse desde dos perspectivas convergentes: en primer lugar, como fórmula de reafirmación y publicidad del franquismo frente al mundo. La agricultura y la ganadería, exponentes máximos de la autarquía, se convirtieron así en los principales escaparates del desarrollo español. Frente al escaso éxito de los esfuerzos industrializadores, en un clima cerrado a las relaciones internacionales, la agricultura podía tener más proyección. De ahí que la segunda convocatoria ya tuviera el carácter de «internacional». Las autoridades utilizaron la Feria para proclamar que España se podía valer por sí misma y podía producir todo lo que no conseguía en el extranjero (Montoliú, 2010: 157). En segundo lugar, se concibió también como la materialización de la conexión mítica entre falangismo y mundo rural. Este último se percibía como panacea de todas las bondades del país y solución para sus males econó-

micos. En el Boletín de la III Feria en 1956, el discurso del Jefe de Sindicatos insistía en este contenido político: «Quiero que se precise con mayor claridad esta idea de la Feria, no sólo porque sus resultados alcanzan dimensiones políticas, sino también porque ella misma es tarea política». Se nos presenta por una parte como reflejo de la vida rural española, con su inmensa carga de valores y problemas y, por otra parte, como finalidad sindical, de exaltar esos valores y encauzar esos problemas en aras del interés general del país. En la I Feria, de 1950, ya se hacía hincapié en su ejecución para superar el «divorcio» forzado durante los decenios anteriores a la guerra entre «el campo y la ciudad».

Franco aceptó el proyecto y mantuvo su apoyo durante todo el proceso de construcción (Coca, 2013: 235). Presidió el 27 de mayo de 1950 una inauguración ostentosa, en la que participaron gran parte de sus ministros e importantes mandos del ejército. En ella se contó con un desfile militar y el obispo de Madrid-Alcalá bendijo las instalaciones. Su presencia, en prácticamente todas sus ediciones, fue una demostración del interés de los sucesivos gobiernos por alimentar la ficción de su estima por el mundo rural¹⁵. Su relevancia política también se manifestó en la voluntad de identificación con un proyecto de mayor alcance: la Feria representa la unidad «de todas las tierras patrias», tal como Franco simbolizaba «la unidad imperecedera del esfuerzo hispano»¹⁶. Su valor fue tanto como para convertir a la Feria, desde su segunda edición celebrada en 1953, en internacional e invitar a diferentes países a construir su propio pabellón.

La elección de Madrid como sede de esta Feria fue algo incuestionable, consecuencia de su carácter de capital, apoyo indiscutible para una mayor visibilidad y producto también de la imagen que se deseaba construir para la ciudad¹⁷. La propaganda de la época invitaba a asistir a la III Feria, en 1956, manifestando este empeño: «Saldrás de ella más amigo del campo, más conocedor de España y más reconciliado, también, con la capital. Que sólo en Madrid, en ese Madrid injustamente acusado de centralismo, ha sido posible juntar la mejor expresión del trabajo y de la alegría, del esfuerzo y el fruto, del

¹⁵ «Esta Feria demostrará [...] que España es mucho más que el chiste frívolo de sus ciudades; el campo no puede volver a ser explotado políticamente por los hombres; que ya no es una realidad abandonada, sino que sabe organizarse» (ABC, 28 de mayo de 1950: 16).

¹⁶ *Diario de la Feria. Boletín Informativo de la Feria Internacional del Campo*, 23 de mayo de 1953, nº 1.

¹⁷ Hay que destacar que desde 1923 se habían celebrado en el mismo recinto, hasta 1931 y de forma intermitente, exposiciones de ganado auspiciadas por la Asociación de Ganaderos del Reino. Esto se argumentaría como antecedente para la cesión de los terrenos (Coca, 2013: 53)

color y del cantar de España»¹⁸. Como complemento, se compone un delirio sobre las bases campesinas de la capital. Se afirma la trascendencia de un «Madrid rural», cuya «tradición, más y antes que cortesana, ha sido campesina. Labrador era San Isidro, su patrono [...]»¹⁹. El Ayuntamiento es testigo pasivo de los acontecimientos y ni siquiera es capaz de detener su instalación sobre la Casa de Campo, a pesar de su inicial informe negativo²⁰. Debe además asumir la nueva función de la ciudad con enardecimiento y entrega. Organizará anualmente, como publicidad, el trayecto por donde una cabalgata anunciaría su celebración. Partiendo del Parque del Retiro, discurriendo por el Paseo del Prado y la Castellana hasta llegar, a través de la Gran Vía, al Recinto Ferial, servirá de escaparate para ensalzar los ideales del mundo rural. Existieron no obstante algunas críticas. Fernando Chueca (1974: 73) se lamentó de su promoción en Madrid, señalando que «a nuestro juicio esto sólo puede conducir a depauperar más la España interior y a perjudicar a Madrid, colmándolo de elementos congestivos que, dado el caso, pueden llegar a dañar la única función, la de capital política y espiritual que, con todos los defectos que se quiera, venía cumpliendo Madrid».

El emplazamiento exacto en el borde suroccidental de la Casa de Campo, embellecido con plantaciones de pinos, en un «paisaje rural incrustado en nuestro cada vez más creciente urbanismo»²¹, añadió a las ventajas ya señaladas el esplendor de las vistas de la cornisa de Madrid, icono clásico de la ciudad que, como vimos, debía convertirse en imperial como consecuencia de la intervención franquista. La vista desde la plaza circular, hoy en ruinas, o desde el mirador instalado en el remate de la Torre-restaurante junto al anfiteatro, en la actualidad transformado en un Teatro al aire libre, es efectivamente magnífica a pesar de la presencia de ciertos edificios esperpénticos, como las torres de la Plaza de España, la misma catedral o el más reciente Museo de Colecciones Reales, o del exceso de altura de la vegetación en el talud de la cornisa.

¹⁸ «Pregón de la Feria, *Diario de la Feria*, Boletín Informativo de la Feria Internacional del Campo, 22 de mayo de 1956.

¹⁹ *Diario de la Feria*. Boletín Informativo de la II Feria Internacional del Campo, 1 junio de 1956, 10.

²⁰ A la petición realizada por la Delegación de Sindicatos solicitando la cesión de terrenos en la Casa de Campo, el Ayuntamiento decidió «que se conteste a dicha Delegación haciéndole patente que por ningún motivo se sustraigan del libre disfrute del vecindario madrileño los terrenos que forman la Casa de Campo» (*Actas de la Comisión Permanente del Ayuntamiento de Madrid*, 22/02/1950, Archivo de la Villa).

²¹ *Diario de la Feria*, Boletín Informativo de la II Feria Nacional e Internacional del Campo, número extraordinario, 12 diciembre de 1952.

REFERENCES

se amplió el recinto a 66 hectáreas y los pabellones a 212. El resultado fue una combinación de edificios con un marcado carácter folclórico, donde se pretendió sintetizar las principales «cualidades de los pueblos españoles», con otros ejecutados desde presupuestos modernos, como el pabellón de los Hexágonos (enviado a la Exposición Universal de Bruselas de 1958) o el de Cristal. En los edificios de las Cámaras Oficiales Agrarias provinciales, pabellones de provincias, es donde se utilizó el lenguaje más popular, fundamentado en la representación de los símbolos más emblemáticos, algunos verdaderos iconos, de cada uno de los lugares. Se pretendió reforzar así la identidad de las regiones representadas y conseguir, en paralelo, la rápida identificación de los visitantes. Se trata de un esfuerzo curiosamente respaldado por un éxito apreciable aún hoy ya que gran parte de los edificios que se mantienen, transformados en buena parte en restaurantes de lujo, corresponden a este grupo.

FIGURA 3

EDIFICACIONES DE LA FERIA DEL CAMPO

Fuente: fotografías de las autoras.

Sólo se realizaron diez ferias, desde 1950 hasta 1975, cada tres años. Postergada definitivamente con los ayuntamientos democráticos, se inicia a partir de 2001 una recuperación del recinto y de parte de sus edificaciones con otras finalidades. Durante todo el periodo se demolieron una parte de los pabellones, se rehabilitaron algunos para convertirlos en centros multiuso o en los restaurantes ya mencionados y se realizaron nuevas construcciones, como el Madrid Arena. Interesa destacar, como epílogo temporal de esta historia aún inconclusa, la voluntad expresada en el Plan Especial Feria del Campo, aprobado en 2006, de «enlazar con esa tan digna línea de origen», lo que significa en definitiva una recuperación real del recinto primitivo. Frontalmente en contra de las «demoliciones injustificadas» por el valor como «patrimonio cultural» y por el «peculiar significado» de las construcciones, casi ocultando su estrecha vinculación con el Régimen franquista, reivindica como objetivo prioritario la «recuperación de la memoria histórica a través de la reconstrucción simbólica de determinadas arquitecturas desaparecidas»²².

4. VALORACIÓN FINAL

Esta apretada síntesis de la proyección del franquismo sobre los espacios públicos madrileños revela parte del simbolismo político que aún sustentan sus paisajes. El Régimen instaurado tras la guerra civil quiso convertir a la capital en un gran símbolo, tanto a través de obras concretas como mediante los discursos de sus jerarcas, de manera firme y decidida al menos hasta comienzo de los años sesenta del siglo pasado. Se proyectaron «avenidas impetiales», «plazas de la victoria» y «construcciones monumentales» pero en esos años, a diferencia de los regímenes fascistas precursores en Europa, el país «no estaba en condiciones» de realizar obras de esa envergadura, ya sea por razones técnicas y económicas, como indica Llorente (2002: 160) o por la fuerza, dentro de los grupos políticos que pugnaban en el interior del franquismo, de los «hombres de finanzas», con otros símbolos y estilos arquitectónicos, como señala Bonet (1981: 30).

²² Ayuntamiento de Madrid. *Plan Especial Feria del Campo* (A.O.E. 00.04). *Memoria y propuestas de ordenación*, p. 29 [http://212.145.146.10/ejercicio/concursos/concursos_ocam/080728_pabellonbancadas/080728_pabellonbancadas_doc.html] (Fecha de consulta: 01/06/2014).

FIGURA 4

PERMANENCIA DE ELEMENTOS FRANQUISTAS EN MADRID

Fuente: fotografías de las autoras.

Aunque el Régimen dictatorial fue incapaz de materializar los grandes proyectos marcó su huella con algunas ejecuciones, mediante elementos aislados como monumentos, placas o toponimia o simplemente a través de un estilo arquitectónico muy identificable, sobre todo en los espacios públicos abiertos en la capital. Resulta imprescindible la retirada de los símbolos físicos más claros que aún existen en la ciudad, como por ejemplo los más de 180 nombres de calles dedicados a figuras o hechos vinculados al franquismo²³, el Arco de la Victoria o el Monumento a los caídos en el Cuartel de la Montaña, en la en-

²³ “Madrid olímpicamente franquista”, *Plano y callejero franquista de Madrid* elaborado por A. Ortiz Mateos, Asociación CeAQUA [<http://www.ceaqua.org/convocatoria-madrid-capital-olimpica-de-la-impunidad/>] (Fecha de consulta: 01/06/2014).

trada de los Jardines del Templo de Debod (Andrés, 2006). En paralelo, es necesario entender la carga ideológica y simbólica de algunos espacios emblemáticos de Madrid, individualizando los componentes franquistas que perviven en sus paisajes. Se trata en definitiva de desmontar todo aquello que entre en contradicción con los valores compartidos de convivencia ciudadana y avanzar en la construcción de la nueva cultura política. Abordar los componentes simbólicos de los paisajes urbanos debe servir para que cada ciudadano o visitante, al margen de los políticos, y sobre todo, a pesar del poder político, pueda entender y elaborar su propia simbolización.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, G. (2007): "Los paisajes de la memoria", en *La recuperación de la memoria histórica. Una perspectiva transversal desde las ciencias sociales*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, Junta de Andalucía, pp. 138-148.
- Andrés, J. de (2006): "Los símbolos y la memoria del franquismo", *Estrategias Políticas de Cultura y Comunicación*, 23, Fundación Alternativas [<http://www.falternativas.org/estudios-de-progreso/documentos/documentos-de-trabajo/los-simbolos-y-la-memoria-del-franquismo>] (Fecha de consulta: 01/06/2014).
- Azpilicueta, E. (2004): *La construcción de la arquitectura de postguerra en España (1939-1962)*, tesis doctoral, ETS de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid.
- Azurmendi, L. (1981): "Orden y desorden en el Plan de Madrid del 41", en *Madrid. Cuarenta años de desarrollo urbano, 1940-1980*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, pp. 69-77.
- Bédard, M. (2002): "Une typologie du haut-lieu, ou la quadrature d'un géosymbole", *Cahiers de Géographie du Québec*, 127, pp. 49-74.
- Bonet Correa, A. (1981): "Espacios arquitectónicos para un nuevo orden", en A. Bonet (coord.): *Arte del franquismo*, Madrid, Ediciones Cátedra, pp. 11-46.
- Box, Z. (2010): *España, año cero: la construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 391 pp.
- Box, Z. (2012): "El cuerpo de la nación. Arquitectura, urbanismo y capitalidad en el primer franquismo", *Revista de Estudios Políticos*, 155, pp. 151-181.
- Chías, P. (1983): *La Ciudad Universitaria de Madrid: planeamiento y realización*, tesis doctoral, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, Universidad Politécnica de Madrid [<http://oa.upm.es/10629/>] (Fecha de consulta: 01/06/2014).
- Chueca Goitia, F. (1974): *Madrid, ciudad con vocación de capital*, Santiago de Compostela, Editorial Pico Sacro, 407 pp.
- COAM, Colegio de Arquitectos de Madrid (2003): *Arquitectura de Madrid. Tomo 2. Ensayos*, Madrid, Fundación COAM, 685 pp.

- Coca Leicher, J. de (2013): *El recinto ferial de la Casa de Campo de Madrid (1950-75)*, tesis doctoral, E.T.S. de Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid [http://oa.upm.es/19952/1/JOSE_DE_COCA_LEICHER.pdf] (Fecha de consulta: 01/06/2014).
- Diéguez Patao, S. (1991): *Un nuevo orden urbano, El "Gran Madrid" (1939-1951)*, Madrid, Ministerio para las Administraciones Públicas - Ayuntamiento de Madrid, 229 pp.
- Esteban, A. M. (1999): "La vivienda social española en la década de los 50: Un paseo por los poblados dirigidos de Madrid", *Cuadernos de Notas*, 7, pp. 55-80.
- Fernández Galiano, L.; Lopera, A. e Isasi, J. F. (1989): *La quimera moderna. Los poblados dirigidos de Madrid en la arquitectura de los años 50*, Madrid, Hermann Blume, 207 pp.
- Fernández, J., Miguel, M. y Vega, M. J. (1982): *La memoria impuesta. Estudio y catálogo de los monumentos conmemorativos de Madrid (1939-1980)*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 446 pp.
- García Álvarez, J. (2009): "Lugares, paisajes y políticas de memoria: una lectura geográfica", *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 51, pp. 175-2002.
- García Gallo, B. (2014a, 21 de mayo): "El edificio España tendrá un enorme centro comercial, hotel y 300 pisos de lujo", *El País*, [http://ccaa.elpais.com/ccaa/2014/05/21/madrid/1400701542_277766.html] (Fecha de consulta: 09/07/2014).
- García Gallo, B. (2014b, 6 octubre): "La plaza de España llegará al Palacio Real tras enterrar el tráfico en túneles", *El País*, [http://ccaa.elpais.com/ccaa/2014/10/06/madrid/1412624335_696348.html] (Fecha de consulta: 09/07/2014).
- Junquera, N. (2010a, 5 enero): "Arrancan las obras para eliminar el nombre de Franco del Cuartel General del Aire", *El País* [http://elpais.com/elpais/2010/01/05/actualidad/1262683030_850215.html] (Fecha de consulta: 09/07/2014).
- Junquera, N. (2010b, 15 abril): "Una bandera republicana en el Arco de la Victoria", *El País* [http://elpais.com/elpais/2010/04/15/actualidad/1271319458_850215.html] (Fecha de consulta: 09/07/2014).
- Lamet, P. M. (2013): *Azul y rojo, José María de Llanos: biografía del jesuita que militó en las dos españas y eligió el suburbio*, Madrid, La esfera de los Libros, 730 pp.
- Leira, E., Gago, J. y Solana, I. (1981): "Madrid: cuarenta años de crecimiento urbano", en *Madrid. Cuarenta años de desarrollo urbano, 1940-1980*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, pp. 135-174.
- Llorente, A. (2002): *Arte e ideología en la España de la postguerra (1939-1951)*, tesis doctoral, dpto. Historia del Arte, UCM, [<http://eprints.ucm.es/2332/1/ucm-t17306.pdf>] (Fecha de consulta: 09/07/2014).
- Madrazo, G. y Sáez, E. (2014): "El paisaje de los monumentos y memoriales totalitarios. Reforestación y discursos paisajísticos en el Valle de los Caídos", en *'A Jan-gada de Pedra'. Geografías Ibero-Afro-Americanas. Atas do XIV Colóquio Ibérico de Geografia*, pp. 1.342-1.348.
- Madrid Ciudadanía y Patrimonio (2014): *Informe "El Edificio España"*, [[Estudios Geográficos, Vol. LXXVII, 281, pp. 415-442, julio-diciembre 2016
 ISSN: 0014-1496, eISSN: 1988-8546, doi: 10.3989/estgeogr.201613](http://madrid-</p>
</div>
<div data-bbox=)

- ciudadaniaypatrimonio.org/sites/default/files/Informe-EDIFICIO-ESPA%C3%91A-04-06-2014_0.pdf] (Fecha de consulta: 09/07/2014).
- Martínez de Pisón, E. (2009): “Los paisajes de los geógrafos”, *Geographicalia*, 55, pp. 5-25.
- Moneo, R. (1981): “Madrid: los últimos veinticinco años (1940-1965)”, en *Madrid, cuarenta años de desarrollo urbano 1940-1980*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, pp. 79-93. Temas Urbanos 5. (Artículo publicado en 1967 en ICE).
- Monnet, J. (1998): “La symbolique des lieux: pour une géographie des relations entre espace, pouvoir et identité”, en *Cybergeo: European Journal of Geography* 56, [http://cybergeo.revues.org/5316].
- Montoliú, P. (2010): *Madrid bajo la dictadura*, Madrid, Sílex, 632 pp.
- Navascués Palacio, P. (2014): *Informe sobre el Edificio España y su circunstancia urbanística*, [http://www.madrid.es/UnidadesDescentralizadas/UrbanismoyVivienda/Urbanismo/PlazaEspa%C3%B1a/InformacionRelacionada/Informacion%20complementaria-Pedro%20Navascues.pdf] (Fecha de consulta: 09/07/2014).
- Ortega, N. y García, J. (2009): “Paisajes y lugares de memoria: Covadonga y El Paurar”, en *Los valores del paisaje*, Soria, Fundación Duques de Soria; Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 45-94.
- Rubio, M. O. (dir.) (2013): *Diccionario de fotógrafos españoles: del siglo XIX al XXI*, Madrid, La Fábrica, Acción Cultural española, 657 pp.
- Rueda, J. C. y Coronado, C. (2010): “Espejos y espejismos históricos. Lecturas sobre Madrid en el cine”, en C. Priego, (ed.) *Sociedad y espacio urbano de Madrid en el siglo XX*, Madrid, Museo de Historia de Madrid, Ayuntamiento de Madrid y Fundación COAM, pp. 82-99.
- Sevillano, E. G (2012, 26 mayo): “Un cráter en el centro”, *El País*. [http://ccaa.el-pais.com/ccaa/2012/05/26/madrid/1338047868_371890.html] (Fecha de consulta: 09/07/2014).

Fecha de recepción: 22 de enero de 2015.

Fecha de aceptación: 18 de junio de 2015.